

LA IMAGEN DE MUNDO DEL CIENTIFICO CONTEMPORANEO

LUIS CARLOS RESTREPO
Médico Psiquiatra
Profesor, Universidad Javeriana

FRANCIS BACON, EN SU *NOVUM ORGANUM*, AFIRMÓ a comienzos de la edad moderna que el científico debía declarar la guerra a los fantasmas de la imaginación, a fin de obtener en su ejercicio profesional una objetividad a todo prueba. Hoy sabemos que la pretendida neutralidad del investigador jamás se logra. El científico asienta sus procedimientos y afirmaciones en una implícita vivencia afectiva y cultural que esconde una clara pretensión de dominio del mundo. La discusión alrededor de la cosmovisión que maneja el científico debe estar por eso dirigida a dilucidar la dinámica que se establece entre estas preconcepciones y la producción científica, preguntándonos además por la posición que desde su quehacer pue-

de asumir el investigador como ciudadano de la sociedad a la que pertenece.

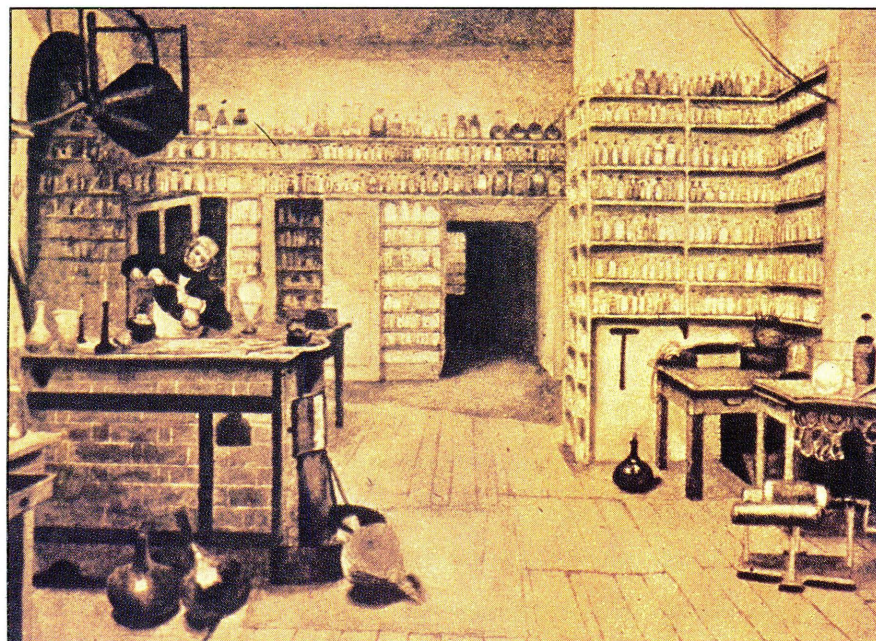
La razón es, en el fondo, un estado de ánimo, una disposición afectiva, un **pathos** que define un cierto modo de relacionarnos con el entorno. Este saber afectivo implícito, que porta la ciencia occidental, ha girado en gran parte alrededor de la urgencia por generar un corpus de conocimientos de validez universal que pueda entenderse y utilizarse independientemente del contexto donde se produce. La ambición de Occidente ha sido contar con un conocimiento válido para todos los países, momentos y culturas, con lo que expresa una afección y visión de mundo ligada a los intereses de una comunidad política que se piensa a sí misma como universal. Si esa es

nuestra fortaleza -nuestra ventaja comparativa como cultura-, cabe reconocer también que es la raíz de muchos de nuestros problemas. La crisis ecológica, por ejemplo, parece estar directamente relacionada con esta concepción de la ciencia y la tecnología por fuera de los ecosistemas naturales y humanos donde se articula. Este modelo de pensamiento, otrora poderoso, es hoy confrontado por propuestas que insisten en generar un conocimiento integrado a lo afectivo y cultural, abierto a la singularidad y emparentado con lo cotidiano.

PERCEPCION DEL CONTEXTO

Si bien la ambición del científico es llegar a grados cada vez más altos de formalización y universalidad, en su práctica cotidiana no puede nunca desligarse del contexto social que sirve como caldo de cultivo para su actividad investigativa. Al pensar la imagen de mundo que maneja hoy el hombre de ciencia, debemos preguntarnos de manera inmediata por la forma como sus percepciones del entorno, sus creencias y posturas comprensivas, influyen en su quehacer científico. Charles S. Pierce, analista del lenguaje y uno de los fundadores de la semiótica, llamó la atención sobre la importancia que tenía en el proceso investigativo la percepción inmediata del contexto. Esta percepción, que puede entenderse como una "imagen de mundo", es fundamental al momento de formulación de las hipótesis, las cuales no pueden ser confinadas de manera exclusiva ni a la inducción ni a la deducción. A esta tercera vía, Pierce la denominó **abducción** o **retroducción**. La hipótesis, decía, es siempre una conjetura que depende de nuestra esperanza de adivinar, tarde

Grabado que reproduce el laboratorio de FARADAY en la Royal Institution. Foto A.G.E.



o temprano, las condiciones bajo las cuales aparecerá un determinado tipo de fenómeno. Este ejercicio de adivinación, de juego probabilístico, es realizado de manera cotidiana por el ser humano y también por el científico en su labor investigativa.

La abducción corresponde a un típico **juicio de percepción**, a una enunciación simple y rápida de lo que captamos, a una "imagen de mundo" que después deberá ser limada por la inducción. Apoyada en una percepción inconsciente de conexiones entre aspectos del mundo, la abducción permite pasar, por medio de la hipótesis, de una complicada maraña de predicados a una concepción simple y totalizadora de la realidad. Este movimiento sintético sólo se logra a partir de un cierto clima emocional, por lo que Pierce llama a la hipótesis — o síntesis abductiva — el elemento **sensual** del pensamiento.

Hoy podemos decir con certeza que Pierce rompe la inocencia del científico positivista que pretende estar analíticamente frente a un objeto sin ningún tipo de preconcepción. El lenguaje nos precede y nos sucede, nos rodea en todo momento y lugar, orientándonos en nuestro acercamiento al objeto de conocimiento. Más que pretender un "afuera del lenguaje", es necesario reconocer que estas imágenes de mundo pueden actuar bien como obstáculos epistemológicos o como herramientas útiles en la producción científica.

Vivimos en medio de signos y sistemas clasificatorios que por su propia dinámica producen conocimiento. En los cientos de signos que hemos bebido desde niños de la atmósfera cultural, recibimos un saber sedimentado, una "imagen de mundo" que en muchas ocasiones puede presentarse como una abstracción apresurada que impide tener acceso a la complejidad de las fuerzas que nos constituyen. Pero, valga entender, la inconveniencia no reside tanto en la validez o no de esta síntesis contextual sino en su oportunidad, en su **kairos**. Nada más dinámico y cambiante que este juego de relaciones que se ofrece de manera intuitiva a la introspección, pero nada más

humano que pretender dar a este conglomerado de fuerzas un estatuto definitivo. Cuando esto sucede, los paradigmas se convierten en pesados obstáculos que se hace necesario remover.

POSTURA ANTE EL MUNDO

La diferencia entre una síntesis científica y otra altamente ideologizada no radicaría en su mayor o menor formalización, sino en su apertura epistemológica para poder articularse de manera dinámica a las provocaciones y exigencias del contexto. La oposición tradicional entre mito y razón debe por esto reformularse en términos de una ciencia como ideología — que apunta más a una teoría de la verdad y reproducción del conocimiento — y una ciencia como crítica — que se define como teoría del error y de la apertura epistemológica—. Por el primer camino afirmamos una identidad personal, profesional, cultural o política. Por el segundo, al contrario, nos adentramos en el cálculo de diferencias, fundamental para la producción de conocimientos.

De allí que más que hablar de ciencia en abstracto, debemos acercarnos al ejercicio del científico contemporáneo a fin de establecer qué tipo de visión del mundo puede derivarse de su actividad. Empecemos por constatar que no se trata de un individuo enciclopédico o universal, como eran los sabios griegos o los prohombres del Renacimiento. El científico actual está volcado a un saber parcial, a un campo empírico delimitado, en contacto con una tradición y una comunidad de investigadores que hacen uso de un lenguaje técnico, cifrado, que sólo puede ser conocido y validado por especialistas.

Por otro lado, el científico contemporáneo trabaja al interior de una gran cadena de conocimientos, confrontando de manera muy puntual hechos o teorías que otros colegas han puesto en evidencia con anterioridad. El científico aislado es por completo impensable. La figura del genio capaz de abrir simultáneamen-

te varias fronteras de la ciencia ha ido perdiendo actualidad. Su ejercicio, si pudiéramos calificarlo de manera simplificada, es el de un técnico entrenado en el manejo de un lenguaje especializado, capaz de confrontar enunciados con ciertos hechos producidos al interior de dispositivos experimentales perfectamente definidos, consciente además de las limitaciones y validez de la metodología que usa. Si el científico quiere ir más allá de su propio territorio —lo cual siempre es deseable—, deberá reconocer con claridad dónde termina su competencia y empieza la de un lenguaje de unos actores que le son desconocidos. Desde una perspectiva epistemológica, es tanto como llegar al límite de una verdad y adentrarse en un campo de producción de conocimiento donde todo se mira desde una óptica diferente.

En tanto conocimiento de los límites, la perspectiva científica de la posibilidad de entender que también al interior de la cultura hay múltiples juegos de lenguaje, cada uno de ellos con su propio campo de validez. Así definida, la actividad científica va paralela a una práctica democrática consistente en aceptar las diferencias y convivir con ellas, recurriendo para ello a mediaciones simbólicas cada vez más numerosas.

En la dimensión de lo social, la visión del científico contemporáneo no tendría ninguna relación con esta pretensión de hacer de la razón un nuevo mito, el mito fundante de la comunidad occidental. Aceptando una razón finita, se entendería su ejercicio como un trabajo de producción de distinciones articuladas alrededor de invarianzas, que no por eso adquieren el carácter de verdad inamovible. El científico sería en consecuencia un artesano del conocimiento dispuesto a extender su ánimo crítico a todas las esferas de lo humano, sin pretender convertir a la ciencia o a la sociedad en una metafísica cerrada y dogmática donde las verdades están definidas de antemano. ●